

Ahora cuando ya es tarde

Juan Setien del Valle



Capítulo 1

Al recorrer el pálido y lúgubre pasillo se percataron de la gravedad como una bofetada desprevenida que surge de entre la maraña de sombras, inesperada pero brutal. Un fluorescente averiado parpadeaba escupiendo una luz palpitante sobre las incómodas butacas de plástico vacías y golpeaba las lechosas láminas de azulejos que cubrían la pared. Aquella pulcritud anodina que hedía a desinfectante apesadumbraba aún más si cabe su desaliñada y madrugadora melancolía. Eva procuraba no quedarse rezagada ampliando su pisada. Pero no le era fácil. Los fastidiosos tacones la entorpecían, y más cuando salían de una cena de negocios regada en alcohol a aquellas horas entradas en la noche donde el cansancio se hacía fuerte. Tampoco la ayudaba el paso isócrono pero encauzado y potente de su marido, intratable, continuo pero insobornable. Enredó entonces, exhausta, su brazo al de Abraham. Era como sujetarse a un mástil en una tormenta ingobernable. Pero se anudaba a él más con la intención de refrenarle que de acompañarle. No quería que le arrastrara. Quería retenerle, como un ancla que se arrastra sobre la superficie del océano buscando donde detenerse. Aunque resultó sin éxito. Porque los viriles empellones de Abraham desestabilizaron a Eva y las amarras de sus brazos se desliaron como si fueran un líquido inasible. Eva apoyó entonces en falso el empeine y el largo tacón clavó su punta oblicuamente sobre la superficie del suelo. No pudo sostenerse, perdió el equilibrio y terminó impactando con el suelo. El devorador silencio del hospital, sólo interrumpido por el rumor de algunos pasos espectrales, se tragó el sonido del golpe de Eva. Abraham, absorto y como poseído, no se percató hasta escuchar como Eva le recriminaba no ayudarla. De todas formas ella no le culpó. Podría haberla sujetado, podría haber caminado más lento, haberle hablado. Pero no era eso lo que importaba. No al menos lo que importaba ahora. Desde que la llamada de Santiago había interrumpido la cena, todo su cuerpo se contrajo, absorbiéndose, y como revistiéndose de una coraza impenetrable, compartiendo con ella solamente silencio, un silencio que a él lo aislaba y que a ella le asustaba. Entonces Abraham clavó las rodillas junto a ella y le ofreció la mano para ayudarla a incorporarse. No había romanticismo ni complicidad. Era un acto mecánico, involuntario e instintivo, sin presencia de su alma. Aunque su rígido rictus rasgó su insensibilidad con una mueca de infeliz incomprensión. Eva hubiera podido levantarse sola. Sin embargo, necesitaba mirar a Abraham a los ojos. No podía comprender qué le movía a actuar de aquel modo.

- Cariño, ¿qué te pasa?- Le dijo mientras le acariciaba la frente con la palma de la mano y visiblemente angustiada.- Estás sudando, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?- No sabía si la atormentaba más el sudor que inexplicablemente brotaba de la piel de Abraham o sus ojos

sensiblemente enrojecidos, arañados por una pena muy honda protegida por vigorosos muros de aislamiento y sujeta con grilletes y mordazas. Su mirada vacía parecía romperse y no guardar nada detrás, abandonado, arrebatado, como deshabitado. Estaba a tres millones de años de ella. Eva quería ponerle nombre a esa pena. Necesitaba reconocerla, admirarla. Le preocupaba siempre que cuando las cosas se ponían difíciles, Abraham se recogía escondiéndose en sí mismo, enclaustrándose en las buhardillas de su conciencia.

- ¡No!- Le contestó finalmente él.- ¡No, no me encuentro mal!- Y en esas palabras se entremezclaba el deseo de contentar a su mujer con la necesidad de que se callara. Y ella lo detectó. Arrugó el entrecejo; y entonces Abraham supo que se había dado cuenta cuando vio como centelleaban sus ojos. Así que añadió.- Todo esto. Este sitio. Me pone enfermo. Uno sólo viene al hospital para despedirse de gente que nunca vuelve. Te he contado lo de mi tío. Ingresó con una colitis. Era una mañana apacible. Vinimos con él. Las pruebas revelaron un pequeño tumor en el intestino. Le operaron, le tocaron y eso parece que activó el funcionamiento del parásito. El cáncer avanzó a una velocidad increíble y le devoró en menos de una semana. Fue terrible. ¡Odio los hospitales!

- No tenemos porqué hacerlo.- Insistió Eva, quien desde el principio sospechó que no era una buena idea ir al hospital. Tal vez influida por la alegría que reinaba en la cena de negocios, tal vez por pereza, tal vez por miedo a mirar a la muerte desde cerca, a los ojos.

- Pero quiero hacerlo.- Sentenció serio y rotundo Abraham.- Quiero hacerlo.

- Pero ¿por qué? No lo entiendo. No te entiendo. ¿Quién es ella? Morirá. La olvidaremos. No es la única. Es otra más. Todos tenemos que morir.

- No lo hago por ella. Lo hago por Santiago. Él es mi amigo. Es tu amigo, Eva. No sé cómo no puedes entenderlo. Pareces tan egoísta a veces. Lo hago por Santiago. Lo hago por los dos. Quiero hacerlo por Santiago, pero también por ella.- Su voz colérica resultaba convincente.

- Déjame intentar entenderlo. Ellos son uno más dentro del grupo de nuestros amigos. Ni siquiera son los que más tratamos. Casi me atrevería a decir que son con los que menos hablamos. Son vecinos. No son amigos.

- No me importa.- La interrumpió Abraham y tiernamente acarició sus mejillas con las palmas de sus manos.- Piénsalo. Podríamos haber sido tú y yo. No lo soporto. No soporto pensar que pudieras morir. No puedo creerlo. No quiero creerlo. No puedo ni imaginarlo.- Y mientras hablaba, sus ojos se iban llenando de lágrimas. De alguna forma, aquella barrera infranqueable se había diluido y Eva se sintió satisfecha pudiendo cruzar al

otro lado. Ya no estaba al margen. No entendía bien aquel motivo, no entendía porque ella podría haber tenido algún desafortunado boleto en aquella infausta lotería del cáncer. Pero al fin y al cabo lo que subyugaba a su marido la contenía a ella y la tenía como centro, y eso la contentó. No necesitaba más.

Santiago salió de la habitación del pasillo cuando aún seguían en el suelo. Alcanzó a mirarlos. Se acercó rápido.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué os ha pasado?

- Nada. Me resbalé.- Se justificó Eva.- Estos malditos tacones un día van a matarme.- Y se calló inmediatamente como si hubiera dicho algo inoportuno. Se llevó la mano a la boca por su impertinencia y un color rosado asomó a sus mejillas.

Abraham, en un escorzo incómodo y sin levantarse del suelo, se fundió en un sincero abrazo con Santiago que se había agachado y estaba junto a ellos. Subió su mano por la espalda y luego volvió a descenderla y le palmeó un par de veces antes de salir renqueante hacia la habitación donde descansaba María. Se encaminó sin decir nada. Sólo el abrazo. A veces el lenguaje más propicio es el que lo dice todo en silencio. Santiago y Eva le miraron hasta que cruzó el umbral de la puerta y desapareció de su vista. Santiago ayudó a Eva a incorporarse.

- Muchas gracias. Había empezado a no sentir los muslos. Odio el suelo de pizarra. Está tremendamente helado. Lo odio terriblemente... ¿cómo estás, Santiago?

- No lo sé. Aún no lo sé. Llevamos un mes preparándonos para esto. Sabía que llegaría. Pero uno no se acostumbra.

- No. La verdad que no es un tema para el que uno pueda prepararse.

- Aunque María sí ha tenido tiempo para prepararse. Hemos tenido suerte. Los médicos la dejaron estar en casa. Las dos últimas semanas. Sí, las dos últimas semanas... pero el final es el final. Es mejor que esté aquí. Es frío. Es impersonal. – No pudo contener el llanto y mientras hablaba la voz se le iba volviendo líquida y dura y no parecían adaptarse los sonidos a lo que quería decir. Parecían advenirle nudos con cada palabra. Como si las palabras surgieran de su estómago. Aun así, era admirable su entereza.- Os tenía mucho cariño, Eva. Sí. A ti y a tus hijos. Las últimas dos semanas no podía hablar. Se fatigaba mucho, entonces le puse una butaca que daba al jardín. La levantaba por las mañanas y la sentaba en aquella butaca y ella miraba por la ventana. Os miraba por la ventana. Era feliz. Justo vuestro jardín linda con el nuestro y desde la ventana se os veía entrar y salir. A ti y a tus hijos y a Abraham. – Dibujó una sonrisa de

añorada felicidad.- Fuisteis su alegría. Al final de todo fuisteis su alegría.

-Pero la enfermedad ha podido con ella.

- La enfermedad ha podido con todo. Es inútil resistirse.

-¿Impresiona mucho?- Ya estaban muy cerca de la puerta.- Me aterra no poder resistir verla.

- No. Muchos dicen que no es ella, que ya no está ahí. Yo aún la siento. Está sedada. No abre los ojos. Pero seguro que sentirá lo mismo que sentía al veros a través de la ventana. Gracias por haber venido.

Santiago encaminó su mano contra la espalda de Eva y la empujó ligeramente precipitándola dentro de la habitación. Al entrar se encontró con la desoladora imagen de Abraham apoyado contra la pared, a los pies de la cama de María, demudado y con los labios contraídos. Parecía una ruina de sí mismo, aplastado, derrotado, bombardeado, desquiciado. Al volverse, vio el cuerpo yacente de María, cubierta por una fina sábana, demacrada, tan desmejorada, tan vulnerable y frágil. Tragó saliva y rebuscó en el bolso. Sacó su estuche de maquillaje, una esponja y una cajita que contenía unos polvos de color. Se aproximó a María para restregarlos por la piel de su cara extendiéndolos y dándole algo de color.

- Eres muy coqueta. No puedes permitirte estar tan desarreglada.- Giró la base del pintalabios hasta que asomó la pintura y sorteando los tubos que penetraban su garganta para ayudarla a respirar le perfiló la línea de los labios. Eva cerró los ojos. La luz fluorescente del cabecero de la cama acentuaba aquel cadavérico tono de piel entre pálido y morado. El aspecto de María conmovió a Eva. No podía explicarse aquel deterioro en tan poco tiempo. Miró al pie de la cama y fijó su mirada en Abraham, inmóvil y mudo, sobrepasado por la tristeza y luego se centró en Santiago. Estaba más calmado, tal vez por el cansancio. Quizá deseara que todo acabase ya. A él también se le veía desmejorado. - Creo que debemos irnos, Abraham. Vamos a dejarles que descansen. Es tarde.- Abraham asintió. Eva creyó que aquello no iba a ocurrir y que tendrían que acompañar a Santiago hasta el final, hasta que el alma de María se evaporase de aquel cuerpo. Pero por fin Abraham había recobrado la sensatez. Aquel no era su trance. No debían padecerlo. Cada uno debía cargar con el peso que había decidido llevar en su vida o el peso que por fortuna o por desgracia le había tocado llevar. Éste era el peso de Santiago. Eva atusó el cabello de María y retirándoselo de la frente, muy lenta y suavemente se acercó hasta posar sus labios en la frente de María. Aquel beso era su despedida. Se acercó después a Santiago y le abrazó. Cogió a Abraham de la mano y le condujo hasta la puerta de la habitación para marcharse.

- Os acompaño abajo.- Dijo Santiago.- Necesito tomar el aire.

- Te importaría.- Le interrumpió Abraham.- que usase el servicio de la habitación. No me encuentro bien. Ha debido ser la cena.

- Pero, cariño.- Le cortó con impaciencia su esposa.- Estos servicios son para los enfermos. ¿No puedes aguantar hasta casa?

- No importa.- Dijo Santiago.- María no se puede levantar. Al menos que lo use alguien. Voy bajando yo con Eva y te esperamos abajo.

- Perfecto.

Eva transformó su rostro. Se podía observar su paso de una calma serena por marcharse a un enfado ácido e insoportable que casi podía hablar a través de sus facciones. Abraham despidió a su esposa con un beso en la mejilla, entró en el baño y corrió el cerrojo. Eva miró a la puerta del baño cerrada hasta que Santiago la sacó de su ensimismamiento y le pidió que le siguiera. Es por aquí, dijo.

Cuando ya no escuchaba ni el eco de Santiago ni el especial y exótico susurro de los tacones de Eva arrastrándose por el pasillo, Abraham recorrió prudentemente el pestillo de la puerta del baño, asomó tímidamente la mirada, apreció que no había nadie y, afectado y conturbado, se acercó al pie de la cama. Apoyó las manos sobre el enrejado esmaltado del pie de la cama y antes de comenzar a hablar, como si fuera a desempeñar una gesta de proporciones titánicas, tomó aire profundamente. La voz se le entrecortaba, a veces la emoción se desbordaba y lloviznaba sobre las sílabas y entonaba entonces más fuerte y sonoramente para camuflar su afectación.

“Sé que soy un cobarde. Sé que estar aquí me convierte en un cobarde y sé que es injusto, y más ahora. Más ahora que no puedes contestarme. Pero todo sigue igual. Tú, ahí, tendida bajo las sábanas. No veo tu cuerpo maltrecho y estéril, veo la hermosura de tu alma, los destellos que incendiaban el cielo que compartíamos. No. Yo no soy el cobarde. Eres tú. Sí, escúchame. Sí. Es más fácil vencerse. Es más fácil dejarse arrastrar. Los ríos viven cómodos. Les empujan. No andan. No caminan. Les llevan. Y tú haces eso. Impotente como una piedra en mitad del torrente. No seas cobarde. Sí. Escúchame. Eres tú. Las cosas se ponen difíciles... no. No puedo. Ojalá pudiera decirte que podríamos confesar, hablar abiertamente, sin temor, sin que la verdad resulte abrasiva y repugnante, sin que la metralla de su filo extienda a los demás este dolor de callarnos nuestro amor. Querría estar aquí cien horas. Toda una vida. Prefiero una vida sin que me hables, a tu lado, que no tenerte. Preferiría cogerte de la mano y que escuches mi voz mientras te vas, mientras la noche posa sus negros dedos sobre tus hermosos ojos. Tal vez mi voz pueda espantar a los perros de la muerte. Quizá huya. Quizá no... Querría ser yo y no él, no

Santiago... no puedo. Da igual lo que no quiera. No importa lo que yo quiera. Nos amamos y no pudimos pronunciarlo. Eso es todo. No pudimos decirlo. Nadie podía escucharnos. Tal vez eso lo hizo más real. Tal vez latió más fuerte nuestro corazón. Tal vez no supimos amarnos. Tal vez sí fui un cobarde. Me pediste huir. No podía dejarlo todo. Te amaba. Te amaba tanto. Te amo. Pero qué importa. Importa el cómo. Importa que nos amamos. Es difícil. Siempre es difícil. Ah. Por qué tendría que decirte que todo es diferente, que ahora todo es diferente. Ahora que tú ya no quieres seguir aquí. Ahora que estás apunto de sepultar la vida. Has sido como una marejada que arrastra y demuele con su paso, me has invadido, me has erosionado a dentelladas, has grabado tus caricias de fuego en las grutas silenciosas de mi alma, donde nadie puede ver mi sufrimiento, tan adentro, que ciegamente me hace sucumbir. Pero ya es tarde. Es tarde para los dos. Para ti y para mí también. Ya es tarde y eso es todo. No hay más. Ojalá hubiéramos huido. Ojalá hubiera sido valiente como tú lo fuiste. Al menos no tendría que volver a esconderme para robarte un beso, al menos podrías tumbarte sobre mis brazos mientras el amargo sueño de la muerte te posee y moriríamos juntos llorando a la vez, tú porque te vas y yo porque me quedo vivo sin vida. Ahora, sin embargo, morimos a la vez, pero como siempre, como siempre que es algo nuestro, en silencio. No importa quién de los dos fuese débil. No importa lo que no hice. No importa lo que no sacrifiqué. Importa ahora. Importa que he venido. Importa que te hable ahora, importa que me escuches. Estoy aquí. ¿No puedes sentirme? No te vayas. Lucha. Aguanta. Soporta el dolor por mi. Sigue viviendo. Amor, sigue viviendo. No quiero tenderte amarras. Soy un egoísta. Me merezco tu silencio. Todo tu silencio. He venido a despedirme. Yo aún sigo en el muelle de la vida y tú zarpas, pero espérame en la orilla, no cruces el arrecife. No te vayas muy lejos. Espérame para cuando salte de este muelle. Recógeme de la mar. No quiero ahogarme. Quiero volver a sentir tus abrazos, esos abrazos que yo mismo me negué y que ahora me saben tan caros. No navegues lejos, mi vida, mi amor. Te llevas mi alma contigo. Adiós, ángel mío. Abajo me espera mi vida de mentiras donde tú serás una presencia real en mi recuerdo. Me retiraré a mi memoria, porque no concibo la vida separada de tu imagen. Adiós. Te amo.”

Y se marchó. Salió por la puerta derrengado y desposeído, como si le hubieran separado las entrañas del alma y el escurrirse de sus pasos a lo largo del pasillo dejó una melodía luctuosa flotando en el aire del hospital.